

Comentarios bibliográficos

ISAIAS PEÑA GUTIERREZ

María Cristina Laverde Toscano, editora, *Reflexiones universitarias. Universidad: historia e investigación*, Bogotá, Universidad Central, 1986.

Los autores de los ensayos incluidos en este volumen capital para el estudio de la universidad como fenómeno cultural y social, son: Alfonso Borrero Cabal, S. J., Alberto Gutiérrez, S. J., Guillermo Páramo Rocha, Roberto José Salazar, Antonio José Rivadeneira, María Cristina Laverde, Jorge Enrique Molina Mariño, quienes escriben sobre "La universidad en la historia", y Luis Enrique Orozco, Rafael Eduardo Torrado, Hernando Roa Suárez, Rodrigo Losada, más dos de los anteriores, quienes tratan sobre "La universidad y la investigación".

De esta manera, se tiene una visión científica de los orígenes históricos de la universidad en el mundo y en Colombia, lo mismo que que una noción muy clara de los problemas esenciales de la universidad moderna: los métodos, ciencia e ideología, ciencia e investigación, la interdisciplinariedad, y otros temas fundamentales como un "nuevo ordenamiento constitucional universitario".

Todos estos materiales resultaron del Simposio Permanente sobre la Universidad, que con el auspicio de Ascún y el Icfes, y con la dirección del Padre Alfonso Borrero, se ha desarrollado en más de dos años, y que en la Universidad Central fue coordinado por la editora del libro, directora del Departamento de Investigaciones Sociales, María Cristina Laverde Toscano.

La importancia del libro, señalada por el rector de la Universidad Central, doctor Jorge Enrique Molina, es sintetizada, también, por el ensayista Jorge Eliécer Ruiz en este párrafo de su prólogo:

“Los trabajos que aquí se recogen son la contribución específica de la Universidad Central a dicho simposio y comprende trabajos de orden histórico, descriptivo e interpretativo de la realidad universitaria y aproximaciones de carácter epistemológico a la tarea de investigación. Sin formar un todo orgánico, constituyen una muestra representativa de las preocupaciones de la generación actual sobre la universidad, muy distintas, ciertamente, de aquellas que conmovieron la década de los sesentas y que pusieron en tela de juicio la razón misma de ser del establecimiento educativo superior”.

María Cristina Laverde Toscano y Alvaro Rojas de la Espriella, *Así hablan los artistas*, Bogotá, Universidad Central, 1986.

Durante varios años en la revista “Hojas Universitarias” de la Universidad Central fuimos publicando, en una sección fija, entrevistas con los mejores pintores del país. Esas entrevistas realizadas por María Cristina Laverde y Alvaro Rojas de la Espriella se convirtieron en una historia personal de los artistas, que nadie conocía. Una historia de sello personal y obtenida de labios de ellos, conducta inusual en alguien que, por lo general, siempre se expresa con líneas y colores. Y de ahí surgió la necesidad de editar este bello libro *Así hablan los artistas*.

Integran el volumen los siguientes artistas: Pedro Alcántara, Débora Arango, María de la Paz Jaramillo, Beatriz González, Angel Loochkartt, Marco Ospina, Fernando Oramas, Eduardo Ramírez Villamizar, Lucy Tejada, Omar Rayo, Jorge Elías Triana y la familia Vargas Muñoz.

El libro, en edición de lujo, trae una presentación del rector de la Universidad Central, un prólogo de Isaías Peña Gutiérrez, y su cubierta es ilustrada con la foto de una escultura de Ramírez Villamizar.

Leopoldo Zea, *América como autodescubrimiento*, Bogotá, Universidad Central, 1986.

En la colección “Pensamiento latinoamericano” del Instituto colombiano de estudios latinoamericanos y del Caribe, con sede en la

Universidad Central, se editó este nuevo e importante título del filósofo mexicano Leopoldo Zea.

Dedicado a Otto Morales Benítez y con prólogo de Javier Ocampo López, *América como autodescubrimiento* incluye estos capítulos: "1492 ¿descubrimiento o encubrimiento?", "Henríquez Ureña y la utopía americana", "La latinidad y su sentido en América Latina", "Latinoamérica: milenarismo y utopía", "Ideas y cultura en América Latina", "Educación y cultura para la integración en la libertad", "¿Es posible la tolerancia?", "La revolución mexicana y el transtierro español", "Silva Herzog el americano", "Reyes Heróles, liberal revolucionario", "Encuentro latinoamericano en la URSS".

María Cristina Laverde, Luz Helena Sánchez, editoras,
Voces insurgentes, Bogotá, Universidad Central, 1986.

En coedición con el Servicio Colombiano de Comunicación Social, la Universidad Central publicó este grueso volumen de ensayos de varias escritoras colombianas sobre distintos aspectos de la vida femenina. La presentación corrió a cargo del rector Jorge Enrique Molina Mariño y de Camilo Moncada Abello, y las ilustraciones a todo color son de las pintoras María de la Paz Jaramillo, Débora Arango, Beatriz González y Lucy Tejada.

Vale la pena recorrer los títulos de los ensayos y sus autoras:

"Una voz insurgente. Entrevista con Ofelia Uribe de Acosta", por Anabel Torres, de donde sale el título del libro; "Elisa Mújica: el recuerdo de Catalina", de Monserrat Ordóñez; "Una pintora proscrita", de María Cristina Laverde sobre la pintora antioqueña Débora Arango; "La mujer y el amor", de Carmenza Vélez Mejía; "En nombre del amor", de Marta Cecilia Vélez; "Sobre cine y maternidad. O de la fantasía a lo real maravilloso", de Patricia Restrepo, directora del Cine Club de la Universidad Central; "Somos muchas. Trabajamos más", de la abogada Helena Páez de Tavera; "Mujer, salud y sexualidad", de la médica Cecilia Cardinal de Martín; "Aspectos históricos de la condición sexual de la mujer en Colombia", de la abogada e historiadora Magda M. Velásquez Toro; "Anotaciones acerca del modelo de socialización patriarcal", de la trabajadora social Olga Amparo Sánchez; "Mujer, vida doméstica y participación política", de la dirigente política Sonia Martínez; "Mujer, mito y sexualidad en Colombia", de la

antropóloga nicaragüense Milagros Palma; "Mujer y familia", de la abogada y filósofa Ligia Galvis Ortiz; "La democracia en el mundo y en la casa", de la socióloga y dirigente política Socorro Ramírez; "Contemos otra historia", de la historiadora Ana María Bidegain; "Lo femenino, un mundo en crisis", de Luz Helena Sánchez; y "La cultura de lo femenino", de María Cristina Laverde, socióloga y editora del libro.

Voces insurgentes es, casi con seguridad, el mejor y mayor libro realizado por mujeres en este país donde las mujeres más piensan en los reinados que en su propia condición social, cultural, económica y política, de sometimiento. Y muy meritorio que él se haya editado gracias a la Universidad Central y al Servicio Colombiano de Comunicación Social.

Edmundo Perry, *La misma historia* (poemas), Bogotá, Producciones Gráficas, 1986.

Para que no se crea que este es el primer libro de Edmundo Perry, es bueno recordar que en 1972 publicó *Como quien oye llover*, incorporado luego a su segundo libro, *Uno más uno*, en 1977, con un título —como se ve— ambiguo, sonreído, muy propio de las paráfrasis suyas, porque "uno más uno" puede ser un libro más otro libro (como lo era), o, también, uno (yo) más uno (yo mismo), siempre presentes en las páginas poéticas de Edmundo Perry. En esos dos libros, que conocí en uno, aprendí, desde hace diez años, que la suya era una poesía, por fortuna, extraña, escrita con un lenguaje muy personal, buscadora de nuevos rumbos en la lírica y, a veces, tediosa poesía colombiana.

Después, en 1984, apareció su *Circuito cerrado*, dividido en cuatro secciones: "Diario en limpio", "Salidas al mar", "Población flotante" y "Cuaderno de campo", en las que sus mundos subjetivo y objetivo se separaban pero no se independizaban y propiciaban la redondez de un fruto ajeno al sentimentalismo, a la diatriba o al quejumbrismo nuestro, sin caer en exteriorismos prosáicos ni en fáciles descripcionismos plásticos.

Un año más tarde, Edmundo Perry soltó su contenida voz socarrona, que al fondo de su mar lo caracterizaba, y publicó *Libro del buen amor I*, con 23 poemas para leer en secreto con Quevedo y

Vidales, ojalá fuera de Colombia para no ofender a quienes divorciaron poesía y humor desde el principio hasta el final de nuestros llorados parnasos.

Y hoy el mundo de Edmundo vuelve a empatar con su tercer libro, *Circuito cerrado*, en un juego de títulos, testigos infalibles de las diabluras del poeta, porque si el circuito es cerrado no hay dudas de que se trata de *La misma historia*. Pero no nos dejemos engañar de Perry, el poeta. Este, su quinto libro, *La misma historia*, es la misma historia de *Circuito cerrado* porque su organización interna corresponde a las mismas cuatro secciones citadas hace un momento, y, sin embargo, no podemos decir que es el mismo libro. Si fuera así, Perry no lo hubiera publicado, y nosotros no lo hubiéramos leído.

El poeta se ha ido metiendo en su propio ramolino —circuitos cerrados que van apretándose hacia el fondo—, buscando el limo en una noche que no pasa, en un Bogotá que todos quisiéramos entender, en un cuarto que espera las madrugadas a tientas. Y como no hay quinto malo, se me ocurre decir —fincado más en el agüero que en la sospechosa vanidad de la razón— que Edmundo Perry, esta vez, ha tocado con todas las superficies de sus dedos todas las rendijas y anhelos de su tetramundo poético. Desde su identidad, que se descifra en versos como “Yo, señores, soy hostil. En vez de extasiarme/ con la fuente, me la bebo con ron y gotas/ amargas para mejorarle el sabor;”, hasta su fuga por “La casa de las margaritas”, en la que “tampoco supieron que las obsesiones tienen/ rincones adonde no llegan ni los sueños”.

Ese mundo del poeta, que no se reduce a la monotemática incompreensión de los bardos románticos, se abre en Perry como una diáspora autobiográfica sin los linderos exclusivamente personales. Me parece uno de los grandes méritos de su libro. Su extraña personalidad (“yo no me visto, sino/ me pongo vendas”; “lo menos que/ pueden hacer es no tratar de amansarme”; “y un diablo que ensaya/ es mi contemporáneo”; “no estoy tan bien ni estoy tan mal”; “soy yo mismo a horcajadas/ y no necesito iluminación”; “La esperanza/ siempre complica mis encuentros”; “sueño luego existen mis sueños/ de venirme a menos”; “Sí hay estrellas, pero también son negras”; “¿Y qué lo obliga a uno/ a no abandonar la vida?”; “me cansa que ahora/ todo el mundo me entienda;/ me gusta no ser real: los/ aprendices tenemos derecho/ a varios borradores”; “no quiero morirme a paz y salvo”; “Estoy vivo que es lo que me/

sirve de lección”; “A pesar de lo que diga, aquí no añoro”; “Ahora el problema es que si me muero/ me arruino de por vida/ y si voy a ser un ejemplo para/ los que no me admiran, necesito/ ganarle una pelea a uno de mi tamaño”), su extraña personalidad, digo, a pesar de repetirse con puntos claves, no tiene límites, y su vocación iconoclasta, irónica, impávida, nos ofrece un manto de escepticismo cruel porque, en el fondo, es un escepticismo tal que llega a negarse a sí mismo. Un escéptico que no cree ni en su escepticismo.

En su segunda sección, “Salidas al mar”, penetra en el mundo familiar y urbano, dos grandes playas que nuestros poetas —con algunas excepciones— siguen dejando intactas. Y ahí escribe Edmundo unos bellos poemas, no se si decir “a”, “de” o “sobre” Bogotá y su padre. “El viajero y su sombra”, poema a sus padres, es para leer a todas horas. Cosa que debe hacerse con todo el libro, porque *La misma historia* es un libro nuevo, con código nuevo, ausente de las metáforas sensuales del modernismo o del piedracielismo, del adjetivo abundante y colorido. Construido sobre unos versos que andan en secuencias casi narradas, este libro puede volverse extraño para quienes, además de negarle picardía y corrosividad a la esencia de la poesía, separan el quehacer poético de las flexiones y reflexiones del pensamiento, como si este no fuera el más grande poema de la humanidad. Para decirlo de manera tajante, imperdonable, la enorme ventaja, entonces, de este libro, es la de ser un libro inteligente. Frente a la poesía del sentimiento, de la sensualidad o del símbolo, también ha existido la poesía de la inteligencia, por cierto, bastante infrecuente entre nosotros. Una poesía donde las ideas, el pensamiento, la conciencia, son las portadas del sentir poético. Por eso decía que con este libro no vamos a recordar imágenes plásticas, sino sentires en conflicto.

Con una cadencia perfecta, sin perder nunca el ritmo ni el tono, el poeta nos repite su mundo para integrarnos a su condena, a su salvación o a sus dudas. Y entre más lo releemos más nos integramos a sus extrañas asociaciones, a sus nuevos encuentros metafóricos, al nuevo código inventado para discutir, debatir, renegar, idear, juzgar, reír, reventar, el mundo personal, familiar, del hombre y de la naturaleza.

Ahora, como dice Edmundo Perry, “Ahora/ soy candidato a una de mis esperas./ Ahora/ quiero que conozcan a este/ buen hombre con sus peces detenidos”.